

El gran salto

A*

Jonathan Lee

El gran salto

Traducción de Zulema Couso

Primera edición, 2017
Título original: *High Dive*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Jonathan Lee, 2015

© de la traducción, Zulema Couso, 2017
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Dave Thompson Illustration

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-05-8
Depósito legal: B.12.540-2017
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Alfreda May Lee (1915-1996)

qué difícil es seguir siendo una sola persona,
ya está abierta nuestra casa, no tiene llaves,
y huéspedes invisibles entran y salen a su antojo.

CZESŁAW MIŁOSZ, «Ars Poetica?»

Índice

Iniciación	13
Primera parte: Hombres desguarnecidos	33
Segunda parte: La trayectoria de un salto	111
Tercera parte: Departamento de corazones	173
Cuarta parte: El Grand	259

INICIACIÓN
1978

Cuando Dan tenía dieciocho años, un hombre al que no conocía lo llevó al otro lado de la frontera. Era 1978, la última semana de junio, seis días después de que el ejército británico matara a tiros a tres católicos en Ballysillan Road. El coche olía a vinagre de *fish and chips* y el hombre tenía la calva llena de marcas y se sabía dos chistes, uno sobre los británicos y otro sobre curas. Al parecer, llevaba a Dan a algún sitio cerca de Clones. Sus grandes dedos cuadrados repiqueteaban sobre el volante y sus ojos mostraban sorpresa de vez en cuando a medida que el camino iba inventando su recorrido. Tenía una oreja de púgil rematadamente fea. Se la tocaba de vez en cuando mientras conducía. Las casas grises y apiñadas del Úlster protestante fueron dando paso a la luz, al color. Aquí se podía sentir el viento, oler la hierba. Había autobuses de Derry plagados de bufandas blancas y rojas, árboles con ramas envueltas en banderas verdes, blancas y doradas.

El hombre calvo lanzó un eructo glorioso al desviarse por un camino de tierra. El camino de tierra llevaba a un claro rodeado de olmos. Dan vio margaritas, fardos de heno, el destello de una botella de Coca-Cola entre la hierba. Detrás de la botella, bajo una zona de sombra, había aparcado un Land Rover.

—No te preocupes por el vehículo —dijo el hombre calvo—.

Nadie lo para. Seguro que está pensando en que le van a traer un Saracen* por Navidad.

Dan intentó sonreír.

—Entonces, ¿es...?

—¿Sí?

—Es el señor McCartland, ¿verdad?

—Diría que sí —dijo el hombre calvo.

Con el cinturón de seguridad aún abrochado, se toqueteó el bolsillo de los vaqueros en busca de algo mientras su cuerpo se retorció como si estuviera atrapado en un potro de tortura. Lo único que pescó su mano fue un paquete de chicles aplastado. Miró a Dan y se rio.

—Debería haberte traído una lata para el viaje, ¿eh? Una Guinness te habría venido bien.

Era una mañana de cuento: un enorme sol amarillo, el cielo azul despejado, una única nube blanca como dibujada por un niño. Un día de esos en los que parece que no puede ocurrir nada grave. Un día para tomarte ocho pintas y quemarte al sol. No amanecían muchos días así en Irlanda a lo largo de un año: invitaba a ser recordado. Caminó junto al hombre calvo hacia el Land Rover, aplastando la hierba firme bajo sus botas. Había casas de campo esparcidas por aquella zona, construcciones independientes con cercas inclinadas, las puertas bajas abiertas y las contraventanas colgadas, con desgana, de las bisagras, propiedades que fomentaban la idea de intimidad sin la necesidad de comprometerse. Él también se sintió expuesto, al descubierto; y en absoluto preparado. No tenía ni idea de que el coche vendría a buscarlo. El sudor empezaba a acumularse en la parte baja de su espalda. Su chaqueta de cuero era fresca aunque gruesa. Había oído muchas historias sobre aquellas iniciaciones, sobre las cosas por las que te hacían pasar antes de

* Vehículo blindado utilizado por el ejército británico en Irlanda del Norte.
(N. de la T.)

aceptarte, pero también sabía que en Belfast los cuentos chinos eran marca de la casa, y las mentiras a menudo servían para realzar la verdad.

Un tipo delgado bajó del Land Rover. Llevaba gafas, una camisa elegante y pantalones del color de la arena. ¿De verdad era Dawson McCartland? Más bien parecía un contable. Sacó del todoterreno dos perros grandes atados a una larga correa doble. Uno era color dorado, el otro, marrón.

—Buenos días —dijo con voz monótona y nasal, acompañando las palabras de un movimiento de cabeza, como para afianzarlas.

Dan fue a estrecharle la mano, pero en su lugar recibió la correa de los perros.

—Soy Dan.

—Pues qué alivio —dijo Dawson, y se quitó las gafas. Sus pobladas cejas estaban unidas, y Dawson miraba fijamente bajo el toldo que formaban. Cierta brillo en los ojos. Las comisuras de los labios curvadas hacia arriba. Limpió los cristales de las gafas con un pañuelo. Los perros ladraban y tiraban de la correa. Parecía un hombre tratando de reprimir la enorme y misteriosa sensación de diversión que le provocaba el mundo; miró a los perros y suspiró.

—Están mal de la cabeza, Dan. Quiero a estos animales más que a mi mujer. ¿Está mal que los prefiera a ellos?

—Un amante de los perros —dijo Dan.

—¿Hay más?

—¿Más?

—En Irlanda, más gente que también quiera a sus perros. Lo has dicho como si fuera una categoría.

Dan esperó un momento.

—Es un decir, nada más —respondió.

—En general, pienso que nosotros somos más de gatos, Dan. Independientes. Los lealistas son más de perros. ¿Tienes mascotas?

—¿Yo?

—Tú.

—No.

—¿Ni un conejo ni nada?

—No.

—¿Una chinchilla, tal vez? ¿Un periquito? Será difícil dejar que te unas a nosotros si no tienes nada. Todos los combatientes necesitan una mascota.

Hubo una larga pausa.

—Me estoy quedando contigo, Dan. Estás entre amigos. Esta entrevista va a ser totalmente informal.

El hombre calvo bostezó felizmente mientras miraba los árboles, y los nervios que Dan sentía en el estómago empezaron a relajarse.

—No es de muchas palabras, Dawson.

—Ya veo —respondió Dawson—. Tal vez sea más de acciones, ¿eh? —Se sacó un paquete de Newport del bolsillo—. ¿Quieres uno, Dan? Soy muy partidario del silencio.

—No, gracias.

—¿Y tú?

El hombre calvo masticaba chicle.

—Ya no me va.

—¿La vida?

—El tabaco.

Dawson se encendió un cigarro y dio una calada.

—Lo mismo da.

Se quedó ahí plantado, fumando, regodeándose en su peculiar carisma, con el tipo de confianza en sí mismo que Dan hacía poco había aprendido a fingir. Cada movimiento con el cigarro era correcto, experto, medurado y preciso, como si estuviera diseñado para contrarrestar los rumores que decían que era capaz de convertirse en alguien salvaje y despiadado. Con gran delicadeza, mientras Dan disfrutaba de la brisa, Dawson dejó caer la ceniza y a continuación exhaló el humo con una sonrisa.

—Bueno, al tema —le dijo al hombre calvo—. Háblame del joven Dan. ¿Qué tiene para ofrecernos aparte de su aspecto y su altura? ¿Quién lo recomienda?

—Mad Dog —respondió el hombre calvo.

—Cuál de todos.

El hombre calvo soltó una risita al escuchar sus palabras. Paddy era callado, diminuto, siempre complaciente. Llevaba un cuidado bigote y sus pequeños ojos azules tenían tendencia a permanecer fijos. Era diez años mayor que Dan, y si le conocían como «Mad Dog» debía ser a modo de broma, pensó. Como llamar «Big Tony» a un hombre bajito. O «Gay Sam» a un mujeriego.

—Perdónanos, Dan —dijo Dawson—. Los mejores alias se usan demasiado. Pasa lo mismo en todos los ejércitos. Se nos olvida la razón por la que los pusimos, y a eso, claro, hay que sumar nuestra enorme falta de imaginación. Es una carencia que afecta a todo el mundo. ¿De qué conoces a Paddy Magee?

—De recoger balas —les dijo Dan.

—¿En serio?

—En serio.

Tenía unos primos que vivían cerca de la finca Ballymurphy. Cuando el RUC* se enfrentó a los republicanos acudieron hasta allí equipos de reporteros de todo el mundo. Los italianos que se alojaban en el Europa pagaban cinco dólares por cada bala de plástico. A veces intentaban pagarte con liras, pero te reías en su cara y les decías que no tenías bolsas lo suficientemente grandes para cargarlas; disfrutaban con el descaro del intercambio. Los estadounidenses pagaban hasta diez dólares. Si las balas aún estaban calientes se podía grabar un nombre en ellas, y a los japoneses eso les encantaba, lo de llevarse un *souvenir* de un viaje peligroso, el entusiasmo de un espectador ante la violencia. Una bala personalizada encargada por un asiático y grabada por

* Royal Ulster Constabulary: cuerpo de policía de Irlanda del Norte entre 1922 y 2001. (N. de la T.)

encargo podía subir hasta los quince dólares. Lo malo era que el que te la encargaba podía desaparecer fácilmente, y entonces te quedabas con algo que no podías vender. Cal, el amigo de Dan, se había pasado media adolescencia buscando a un segundo Haruto. Desde Ballymurphy se veía Black Mountain, mil tonos de verde oscurecidos por tanta lluvia.

—No era un mal negocio, imagino.

—No estaba mal. Ahora ya no lo hago tanto.

—¿No?

—Me dedico a otras cosas, chapuzas aquí y allá y trabajos de electricista.

—Eso me han contado. Tú y un colega, ¿no? ¿Uno de esos con los que recogías balas?

—Sí.

—¿Alguien a quien conozca, tal vez?

—Se llama Cal.

Dawson inclinó la cabeza.

—¿Tiene apellido el tal Cal o le van las mariconadas esas estilo Cher?

Dan se rio.

—Nada que ver con Cher, señor McCartland.

—Dawson.

—Se llama Cal Doherty.

Dawson miró al cielo.

—No me suena —dijo—. Lo que pasa es que tengo la cabeza llena de imágenes impuras de ángeles terrenales cantando.

—Sufre de...

—Ah, sí, conozco a Cal. Un buen tío. Tiene la cara que parece un culo lleno de almorranas, pero es buen tío a pesar de eso, ¿verdad? Te tengo que confesar que suelo desconfiar de los tíos guapos, Dan. El problema de un tío o una tía guapos es que tienen algo que les preocupa estropear, ¿me sigues? Mi mujer está bastante bien, tendrías suerte de disfrutar de su compañía, Dan, pero el tema es que solo tiene un ojo.

Se agachó para apagar el cigarro contra el suelo. Envolvió la colilla con cuidado en un pañuelo, se la metió en el bolsillo y se encendió otro Newport.

—Lleva un parche. Escocesa de nacimiento. Yo tengo algo de sangre inglesa y un toque de sangre galesa, ¿sabes? Hay quien dice que eso me inhabilita para hacer este trabajo, pero ese es el tipo de pensamiento malintencionado que es capaz de provocar guerras. La falta de fe en la empatía. Dime una cosa, ¿tú eres partidario de ella?

—¿De la empatía?

—Sí.

—No lo sé, supongo.

Dawson apretó los labios, como resistiéndose a sonreír de nuevo, y dio la sensación de que sus ojos volvían a brillar.

—Merece la pena sopesarlo. Si no tienes ni un poco, no te puedes poner en el lugar de otra persona. Y en consecuencia tampoco puedes permitir que yo, por ejemplo, me ponga en el tuyo con convicción. —Se agachó para acariciar a los perros, miró con detenimiento las botas de Dan y se irguió—. No —dijo—, la falta de empatía es un defecto trágico. ¿Has leído a Shakespeare, Danny?

—¿Por qué? ¿Inventó los defectos?

—Ja. Ya me caes bien. Estás entrando en calor. Pero no. Ni siquiera Dios, ese viejo cabrón, podría reclamar la autoría de algo tan asombroso. —Inhaló y dejó escapar un aro de humo—. A veces me pregunto dónde se va de vacaciones, ¿tú no? El viejo no pasa demasiado tiempo en Irlanda, eso seguro.

—Debe tener un montón de cosas entre manos.

—Estará deprimido o borracho, como todo el mundo. Pero no, me gusta Shakespeare, Danny. Eso es todo. Ya no lo leo, pero forma parte de mí, como la jerga irlandesa. *Seirbhís. Slán*. Bueno, Mick. ¿Puedes traer las bolsas del Rover, por favor? Las que tienen las herramientas. Estaría de lujo.

Mick. Herramientas.

Dan observó a Mick, que dio media vuelta y volvió con las bolsas. Las posó sobre la hierba y, al hacerlo, dejó a la vista su muñeca evasiva y parte de un tatuaje azul. Tal vez la lengua de una serpiente, o la cola de una sirena.

—¿Nos haces un favor, Dan? —preguntó Dawson—. Juega un rato con los perros. Son como el viejo Mick aquí presente, no salen demasiado. Mick y yo tenemos cosas importantes de las que hablar.

Siguiendo las instrucciones de Dawson, Dan abrió la bolsa verde. Contenía tres pelotas de tenis, un bate de béisbol y seis cervezas calientes. Avanzó hacia los árboles con la pelota que parecía menos mordida.

Ramas que se doblaban y volvían a su lugar. La resistencia susurrada de las hojas. Pensar: la primera parte de la entrevista debe de haber terminado. Había hecho lo que le habían dicho.

Lanzó la pelota bien alto y después se la quitó al perro de entre los dientes. Era increíble lo mucho que babeaban. El perro marrón tenía manchas amarillas en la lengua, pero en general se movía más rápido que su amigo dorado. Competían para atrapar la pelota en el aire, cortándose el paso: a la cola, adelantamiento; a la cola, adelantamiento, sin chocar, aunque siempre parecían estar a punto.

¿Debería hacer más preguntas? ¿Mostrar más iniciativa? Cal le había aconsejado que guardara silencio a menos que se dirigieran a él. Probablemente eso fuera lo mejor.

Miraba hacia atrás cada pocos minutos. Dawson y Mick no le prestaban ninguna atención, eso debía ser buena señal. En su época de lector de novelas baratas nunca había anhelado el poder de volar o de escalar edificios. Para él el superpoder más valioso siempre había sido la invisibilidad.

Se cansó de la pelota de tenis mojada y la cambió por un trozo de corteza seca. Los perros la fueron a buscar y la trajeron

de vuelta. Dan corría con ellos, con la corteza en una mano, se paraba y volvía a echar a correr, la levantaba y la bajaba, tentándolos. Al poco rato le quemaba la garganta al respirar. Se arrodilló para rascarles las orejas a los perros y observar el movimiento de sus lenguas. Hay quien dice que los perros son estúpidos, pura necesidad absurda y pura gratitud igual de absurda, pero en el brillo de sus ojos él veía una inteligencia especial. Futbolistas calculando ángulos, movimientos precisos, indubitados.

—Venga —gritó Dawson—. Tráelos.

Dan ató a los perros de la correa y echó a correr. Los dos hombres asentían y sonreían, con los ojos entrecerrados por el sol.

—Acabo de contarle una anécdota que me contó un tipo llamado Clinkie —dijo Dawson—. Clinkie está recién salido de la prisión de Maze. ¿Quieres que te la cuente?

—Sí —dijo Dan.

—Según Clinkie, cuando crucificaron a Jesús, los tipos que tenía a cada lado no eran ladrones. ¿Qué eran, entonces?

Dan negó con la cabeza.

—Dan, si conocieras a Clinkie, seguro que tu primer instinto sería decir que eran gais. Pero no. Según Clinkie eran activistas políticos que trabajaban contra las autoridades romanas. Así que Jesús tenía a un par de republicanos a cada lado, crucificados. Y Clinkie dice...

—Conozco la historia.

Dawson levantó su enorme ceja.

—¿Cómo dices, Dan?

—Conozco la historia —respondió Dan—. Me la han contado un par de veces. Ahora me acuerdo. Los romanos son los británicos. Los samaritanos, los católicos, y los judíos, los protestantes. La primera persona en entrar en el cielo a día de hoy sería un paramilitar... Jesús hablando con Dimas el ladrón... «Hoy estarás conmigo en el paraíso», y todo eso.

Silencio.

—Vaya —dijo Dawson—. Qué manera de estropear una historia.

Se escuchó el vago sonido de un abejorro. Mick se pasó un buen rato rascándose la cara.

—He disfrutado mucho observándote con ellos —dijo Dawson mientras Dan clavaba la vista en la hierba—. Con mis perros. Son unos animales preciosos, ¿verdad?

—Sí.

—Yo no soy muy deportista. Me quedo sin aliento en seguida, ¿sabes? Necesito mi botellita de aire especial. —Se sacó un inhalador de asma del bolsillo y le dio vueltas en la mano. Durante un momento, pareció totalmente perdido—. Bueno, será mejor que me ponga en marcha. Por desgracia, tengo una cita con un tipo que ha vivido demasiado. —Esperó un momento, agitó el inhalador, aspiró y retuvo el aire en la boca—. Fiesta de cumpleaños. Cuarenta. El tío está más loco que una cabra, ¿sabes?, pero le hemos comprado una mesa de pimpón.

—¿Y ya está?

Dawson se rio.

—Bueno, seguro que alguien le lleva también un par de palas y una pelota.

—No, me refería...

—¿Sí?

—Yo solo... Bueno, esperaré a tener noticias, ¿no? A saber si me habéis aceptado o no. Tengo muchas ganas, señor McCartland. Trabajaré mucho. Quiero... Quiero ayudar a la causa...

Podía sentir cómo su futuro se iba volviendo cada vez más negro.

Dawson alzó la barbilla y parpadeó.

—Escucha, Dan. Me han dicho... —Uno de los perros ladró y el otro gimió—. Me han dicho que eres útil. ¿Es cierto? La gente del Matt Talbot Youth Club me ha dicho, y Patrick también, que eres un tío útil.

—Seguramente se referían al billar —respondió Dan.

—Venga ya, nada de juegos. Irlanda lleva demasiado tiempo siendo modesta. ¿Qué otras cosas se te dan bien, aparte de estropear historias? Te pongo un ejemplo. Déjame pensar. Sí, mi mujer, la tuerta, es una auténtica maestra en la cocina. Ahí lo tienes.

¿De verdad le habían llevado hasta allí para hablar de aficiones? Se mordió el labio, reunió algunos pensamientos.

No había sido el mejor estudiante del mundo, pero se le daban bien algunas cosas, cosas pequeñas. Tenía talento para recordar cosas. Estaba seguro de que sería capaz de recitar los pasajes adecuados del Libro Verde* si aquello terminaba bien y pasaba a la fase del juramento. También podía recitarles pasajes enteros de la Biblia. Las frases pronunciadas desde el púlpito parecían grabarse en su mente; le gustaba la interpretación y el sonido de las lenguas antiguas. Podía trazar un mapa de memoria, cambiar una rueda sin gato, correr cien metros y levantar un peso decente. Podía masturbarse tres veces al día y darse una cuarta pasada antes de dormir. Se le daba bien la jardinería, clasificar las medicinas de su madre, apostar y ganar la mitad de las veces. Hacía algún que otro trabajo para la comunidad: fontanería, arreglo de canalones, apaños eléctricos, las mismas cosas que solía hacer su padre después de perder el trabajo en Gallaher. Se sentía orgulloso de su país y creía que estaba bien sentirse orgulloso.

—No estoy siendo modesto —respondió—. Solo soy tímido con la gente que no conozco.

Decidieron tomárselo como una broma. Uno de los perros mordió juguetón los pliegues del cuello del otro.

—¿Sabes cómo usar una automática, Dan?

Se dio cuenta de que antes de contestar se había quedado mirando a Mick en busca de una respuesta.

* «Manual» de introducción a la organización que se les daba a los nuevos miembros del IRA. (N. de la T.)